ARTÍCULOS

La revista *Voces* y Ramón Vinyes: una perspectiva catalana de diálogo entre América y Europa

Jordi Lladó
Departament de Filología Catalana
Universitat Autònoma de Barcelona

La huella de Ramón Vinyes en Colombia es conocida desde que en 1915 fundara su librería en compañía del emprendedor catalán Xavier Auqué i Masdéu hasta su labor como mentor de los "despotricadores" macondianos durante los años 40. Ningún reconocimento ha superado simbólicamente al que Gabriel García Márquez efectuó al recrear en *Cien años de soledad* la figura del "Sabio Catalán": la excepcional difusión de esa novela y de su autor --que recientemente se ha referido de nuevo a Vinyes en el volumen de sus memorias, *Vivir para contarla*-- ha permitido salvar del olvido una figura arrinconada al recuerdo colombiano de un orientador excepcional o a las escasas líneas que los manuales de literatura catalana dedicaban a una figura considerada menor.

El presente trabajo aborda la primera singladura de este polifacético autor que impactó en el mundo cultural hispanoamericano: la creación de la revista *Voces*, que publicó sesenta números en la capital del Departamento del Atlántico entre 1917 y 1920, felizmente reeditada en el presente año en lo que constituye un encomiable ejercicio de recuperación. La amplitud de compás que remarcó Germán Vargas a propósito de la intervención del sabio catalán en esta publicación, queda patente al constatar el aperturismo y la profundidad de sus páginas, que actuaron de estímulo eficaz en su entorno; en ella brillaron con luz propia autores locales como Julio Enrique Blanco o Enrique Restrepo, quienes en sus ensayos de divulgación y reflexión filosófica contrapuntaron con solidez el interés literario que centraba la labor del escritor catalán. En sus detallados estudios, Jacques Gilard ha subrayado la actitud iconoclasta de esa publicación de formato modesto pero tan determinante en la difusión de la vanguardia europea en Iberoamérica, a la vez que propulsora de la corriente telúrica en la narrativa iberoamericana. Muestra de ella fue la publicación de *Lejos del mar* (1921), obra de Víctor Manuel García Herreros, colaborador de *Voces*; un ejemplar de ella fue significativamente salvado por Ramón Vinyes en su archivo cuando emprendió el retorno a Barcelona, en 1950, y se vió obligado a vender buena parte de su amplia biblioteca.

Cataluña y América, trazado de una relación histórica

Aunque poco conocedor de la literatura colombiana, me gustaría aportar como estudioso del Vinyes catalán, una visión del sustrato literario y cultural que subyace en las páginas que redactó en *Voces*. La huella de su tierra de origen va más allá de la divulgación o traducción de escritores como Eugeni d'Ors o Josep Maria López Picó, pongamos por caso. Hay en el alma literaria de la revista--la que se expresa en las jugosas editoriales y notas redactadas por nuestro escritor--una adaptación del legado que Vinyes trajo de Barcelona en 1913 cuando recaló en Ciénaga y un año más tarde se instaló en Barranquilla. El sabio catalán se había implicado plenamente en las corrientes adoptadas por el catalanismo cultural de principios del siglo XX, con un característico sello de modernización europeísta. Cataluña, con su industria y comercio floreciente o su audaz arquitectura modernista, con sus inquietudes y luchas políticas, se convertía en avanzadilla de España y en uno de los focos cultural y socialmente más activos de Europa. Barcelona, la capital catalana, asumía plenamente ese espíritu de innovación.

La comparación, aunque odiosa como todas, se nos impone: el Madrid capitalino que añoraba el imperio español de Ultramar, liquidado en 1898, sería el equivalente al oficialismo de Bogotá, a la vez que la Barranquilla costeña reflejaría una apertura y un empuje económico análogos a los de la Barcelona mediterránea. Se trata, quizás, de una interpretación somera, pero se refleja en posicionamientos de nuestro autor, que aunque conocedor de la literatura hispanocastellana como demostró a menudo, raras veces le dedicó atención preferente en *Voces*. Eso percibimos teniendo en cuenta el mayor atractivo que dicha literatura hubiera podido despertar en el lector colombiano de la revista, a priori menos motivado por los numerosos y desconocidos autores de textos catalanes que en ella se divulgaron y tradujeron. Con ello, Vinyes se mantenía fiel a su compromiso juvenil --de trasfondo político-- con la literatura de su lengua materna.

No sería de añadidura una sumaria referencia histórica a la particular relación catalana con el continente americano. País integrado durante la Edad Media en la Corona de Aragón, no fue Cataluña sino Castilla el reino que conquistó y colonizó las Indias Occidentales desde 1492. Aunque el rey español lo fuera nominalmente de Aragón y Cataluña, debía respetar sus fueros propios. La unidad factual de España no se consolidó plenamente hasta 1714, después de una guerra civil de sucesión que catalanes, valencianos, aragoneses y baleares (contrarios al nuevo rey Felipe V de Borbón) perdieron frente a las tropas castellanofrancesas. Con ello desapareció el autogobierno catalán de los siglos anteriores bajo la dinastía de los Austrias, aunque el territorio siguió desarrollándose y asentó las bases de la revolución industrial, de la que fue impulsora en España.

Un rey ilustrado y con miras más amplias que sus antecesores, Carlos III autorizó a Cataluña el comercio con América, a fines del siglo XVIII. En este punto empieza una larga trayectoria de atracción por Ultramar en los catalanes dispuestos a prosperar en las colonias antes vetadas. Esa ocasión coincidía con inquietudes de primer orden: ideologías y corrientes como el liberalismo o el romanticismo hallaron en tierra catalana la puerta de entrada a España. América era la tierra de promisión, y la revolución bolivariana que impulsó la independencia de los nuevos países americanos, lejos de ser vista con desconfianza por la Cataluña romántica y liberal, constituía una referencia importante. No es casual que un popular actor y comediógrafo muy conocido también en Barcelona por sus ideas revolucionarias recalara en aguas del Caribe en 1836. Me refiero a Josep Robrenyo, que murió de sed en el viaje que en 1838 emprendió desde Cartagena de Indias en su embarcación "La Afortunada".

Esta situación explica que intelectuales y políticos americanos de espíritu abierto y apellidos catalanes aparezcan contemplados en *Voces* bajo el ojo sagaz de Vinyes: el uruguayo José Enrique Rodó --conocedor y teorizador del hecho catalán-- y José Martí, el libertador de Cuba. Es cierto que la mayoría de catalanes emigrados a América buscaron, más allá de cualquier simpatía ideológica, la mejora de sus condiciones de vida: algunos se enriquecieron notablemente. Los países caribeños ofrecían alicientes especiales: su proximidad relativa a Europa o el comercio y explotación de materias primas alentaban expectativas en esos emprendedores que aportaban a tierras americanas la tradición industriosa y mercantil de su pequeño país.

Cabe considerar, de nuevo, lo que significó en 1898 para el Estado español la pérdida de Filipinas, Cuba y Puerto Rico en manos de los Estados Unidos. A parte de una debacle económica fue percibida en sectores intelectuales como el hundimiento moral del país. Cataluña, en cambio, encajó mejor el golpe y llamó a toda España hacia la regeneración desde una perspectiva autonomista que representaba una alternativa al poder oligárquico simbolizado por el centralismo de Madrid. En esa situación, algunos intelectuales catalanes consideraron que la nueva situación de América no era obstáculo para las oportunidades que ofrecía. El Doctor Jordi Castellanos, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, destacó como en 1905 el escritor catalán Carles Rahola publicó la obra *Sangre Nueva*, donde el nuevo continente aparecía como el ámbito de todos los posibles. Rahola era de la misma generación que nuestro escritor y no es casual que por los años en que éste decidió emigrar al Caribe en busca de incentivos económicos, otros autores del mismo entorno como Jeroni Zanné o Josep Pijoan, se trasladaran a tierras americanas con idéntico fin.

La juventud literaria de Vinyes: Un modernista tardío con vocación de regenerador teatral

Vinyes, nacido en 1882 en la pequeña ciudad pirenaica de Berga, creció en un entorno católico y conservador, aunque favorable a las inquietudes culturales e ideológicas. El joven literato militó precozmente en el catalanismo cultural que irradiaba desde Barcelona, movimiento inflamado de un acendrado entusiasmo por la lengua del país: proliferaban los Juegos Florales y, a su vez, el intento de equiparar la literatura en catalán a la de cualquier país con idioma oficial consolidado. En *El calvari de la vida*, su primera obra de renombre estrenada en 1904 en Berga, un personaje definía a Barcelona como "el cerebro de El Pueblo Catalán", el hervidero de ideas y acciones opuestas al aldeano localismo. Dos años después, en 1906, ya instalado en la capital catalana, empezó a colaborar periódicamente en *El Poble Català*, órgano de un partido republicano con título homónimo a la citada visión progresista de la urbe. En ese diario publicó semanalmente durante tres años una considerable producción lírica, caracterizada por un esteticismo y simbolismo deslumbrantes que marcaban influencias de varios

poetas franceses e italianos. Partiendo del paisaje montañés de su juventud o recurriendo a un barroco culturalismo que tenía en Gabriele D'Annunzio u Oscar Wilde claros referentes, aportaba al idioma catalán un aire experimental que resultaba chocante o vanguardista. Con el prosario lírico *L'ardenta cavalcada*, publicado en 1909, Vinyes confirmó su fama de "maldito", en un sentido ambiguo que pronto afectó a la recepción de su obra.

Algunos críticos acusaron al autor de provocador y sobre todo, de *modernista*. Ese término estaba en descrédito a mitad de década, y se asociaba a los excesos bohemios del fin de siglo. Pero no es impropio situar al escritor de Berga en los últimos compases del modernismo catalán tal y como han efectuado estudiosos como Jordi Castellanos. En *El Poble Català* coincidió con los críticos que tutelaron durante estos años esa corriente que había tenido en el nicaragüense Rubén Darío uno de sus principales instigadores. Los dos mentores de Vinyes surgirán puntualmente en *Voces*: Manuel de Montoliu y Gabriel Alomar. El segundo de ellos se había destacado ya en 1904 por su conferencia *El futurisme*, título que tomó prestado Marinetti cuando años más tarde promulgó sus manifiestos (Vinyes nos lo advierte, atento, en la revista de Barranquilla). Alomar concebía al artista como un Mesías, capaz de conmover a las nuevas multitudes de la ciudad moderna. Un instrumento con el que regenerar esa urbe emblematizada por las calles del nuevo Ensanche de Barcelona, sería un gran teatro (en sus dos sentidos de local y género), aquél que la Cataluña decadente de los siglos XVI al XIX no había gozado. En esas ansias de ciudadanización coincidían los últimos modernistas como Vinyes y los primeros *noucentistes* (novecentistas), los cuales acabarían detentando las posiciones de predominio en el ámbito político y cultural. El nexo era un afán de elevación clásico, que alejara lo catalán del folklorismo aldeano y del realismo literario del siglo XIX: lo mismo que preconizó Vinyes para la literatura colombiana y americana en *Voces*.

A la luz de D'Annunzio, ese lírico que coincidiendo con la entrada del nuevo siglo materializó su paso a la escena fascinado por Richard Wagner y Friedrich Nietzsche, Vinyes formuló en su conferencia *De la Tragedia*, pronunciada el 1908 en el teatro Novedades de Barcelona, una visión moderna del más sublime de los géneros escénicos. Efectuando una interpretación dinosíaca de lo trágico griego y shakespeariano, hallaba antecedentes en Friedrich Schiller, Àngel Guimerà o Victor Hugo, pero se fundamentaba en las profundidades inquietantes de Henrik Ibsen, Maurice Maeterlinck, Gerart Hauptmann, o en las pomposidades de D'Annunzio, a quien consideraba "primer poeta mundial". Un programa, en suma, ecléctico que sumaba un lujurioso mediterranismo a la fábula nórdica e impresionista que tanto había fascinado a los modernistas catalanes, salpicada del horror de Artur Schopenhauer. Una nueva tragedia de concepción cercana a la producción escénicomusical de Richard Strauss, constituía, por tanto, el principal horizonte literario del autor de Berga entre 1910 y 1912. Sus propuestas de creación en esa línea, especialmente el extenso cuadro bíblico *L'arca i la serp*, fueron rechazadas desde varias instancias escénicas de la capital catalana. Justamente esas tablas vivían un proceso de vuelta a la comedia popular y una eclosión del género vodevilesco, que contrastaba con la crisis en cuanto a la representación regular del teatro literario en la lengua del país. Por más que Vinyes destacara como iniciador del homenaje celebrado en Barcelona al gran patriarca de la escena local Àngel Guimerà en 1909, su particular enfoque neotrágico se alejaba del repertorio de las salas profesionales, al mismo tiempo que tampoco enacajaba en los parámetros de la crítica especializada, singularmente a partir de 1910.

El primer desengaño: Vinyes, ¿víctima del novecentismo catalán? (Matices de una ruptura)

Vinyes sufrió un desengaño literario profundo en sus años juveniles de Barcelona como relató él mismo en una entrevista a Alfonso Fuenmayor, publicada en *Cromos* el año 1945. Aún así, un análisis de sus posicionamientos antes y después de su primer viaje a Colombia confirma que los enfrentamientos fueron más de índole personal que no estéticos o ideológicos: la mala relación comentada con la escena barcelonesa constituyó, sin lugar a dudas, un factor esencial de esa ruptura. Así lo apuntó un notable estudioso del escritor como el editor bergadán Jaume Huch, quien en su tesis de licenciatura sobre los orígenes literarios de Vinyes, recogió la polémica al entorno de su primer estreno en Barcelona, la obra *Al florir els pomers*, representada en 1910. Críticos y estudiosos como Àngel Carmona consideraron durante los años 70 a Vinyes y escritores afines como víctimas del Novecentismo, este movimiento neoclásico que

desde 1911 se impuso con rotundidad y que, a la par que dotar al catalán de una ortografía unitaria, depuró las veleidades estéticas y temáticas del modernismo. Estudiosos como Huch o el biógrafo de nuestro escritor, Pere Elies i Busqueta, relativizaron con cautela esa pretendida oposición como causa de la renuncia y del viaje a Colombia como huida de la literatura.

Esa marginación parecería confirmada en el sentido que los libros de Vinyes publicados antes de 1913 adolecen de algunos rasgos que los jerifaltes novecentistas como Ors achacaban al modernismo en detrimento de la claridad mediterránea preconizada. Pero las páginas que en *Voces* dedica Vinyes a la poesía catalana desmienten el presunto choque: es Josep Carner, el poeta de la nitidez, de los pinos mediterráneos y el lirismo íntimo, quien encarna el nuevo cánon, traducido además por un poeta español de fina sensibilidad y excelentes relaciones con la literatura catalana: Enrique Díez Canedo. Vinyes y Carner habían mantenido una cordial relación desde que el segundo presidiera los Juegos Florales de Berga en 1906 y el llamado después "príncipe de los poetas catalanes" aplaudió la opción trágica del bergadán y su entorno, en aras de una elevación que la escena local necesitaba. Por otra parte, las posiciones de Vinyes sobre el modernismo en *Voces* contemplan el movimiento como una fase necesaria pero superada, y tienden a un desmarque de todo exceso preciosista. Uno de sus artículos más brillantes, "El sentimiento de la naturaleza en John Keats," es, en ese sentido, clarificador. Para el poeta (y en sentido amplio para el crítico y para el lector), lo primordial será el rechace de la mera decoración, del "perfecto catálogo" de nombres griegos en favor de lo esencial lírico que el hombre y la naturaleza procuran. Cualquier movimiento o tendencia definidos no dejará de constituir un lugar común que velará la auténtica valía del autor, capaz de catapultarse por encima de todo condicionamiento.

En este sentido se apunta una evolución en los poemas de Vinyes, acercado a la depuración novecentista con bases en lo popular: así, la "Cançó" que publicó en *La Revista* de Barcelona, en 1917, desmarcada del barroquismo de sus años jóvenes. *La Revista* fue la publicación emblemática del novecentismo y no tuvo reparos en acoger puntualmente al bergadán ni en aplaudir en 1919 la divulgación de la cultura catalana efectuada en *Voces*. Creada en 1915 bajo la inspiración de López Picó y Joaquim Folguera, aunaba diversas aportaciones, y, constituye un modelo de la dirección que el sabio catalán imprimió a la revista de Barranquilla: de ella adoptó el eclecticismo selecto preconizado en el pórtico del primer número. En buena parte, la buena acogida de la literatura vanguardista es paralela en *La Revista* y en *Voces*, atentas a la lectura e información de las numerosas gacetas francesas e italianas que apoyaban esos movimientos. Ya recalcó en 1918 un comentarista de la revista *Dante* de Bogotá, la semblanza del título de la publicación barranquillera al de *La Voce*, posible guiño de modernidad respecto al espíritu del periódico costeño, emblematizado en la cita de La RocheFoucauld que insistentemente mantuvo como lema: "Les esprits mediocres condamnent d'ordinaire tout ce qui passe leur portée."

Llegados a ese punto cabe destacar un aspecto que pocos estudiosos han subrayado: Vinyes ya disponía de un conocimiento literario americano, previo a su llegada a Colombia. Una carta escrita antes de 1910 en Cataluña revela la lectura de Darío, y un texto publicado en *El Heraldo* en 1940 nos revela que conocía a José Asunción Silva y Guillermo Valencia antes de llegar a Colombia. En ese aspecto es ilustrativo el dilatado artículo sobre ese último poeta, publicado por Vinyes en 1915 en el diario barcelonés *El Correo Catalán*. En él, y a partir de una admiración con sólidos fundamentos críticos, reflexiona sobre el proceso de *desalejandrinización* patente en su obra tras un período de excesiva fijación a modelos diversos y capta en el poeta colombiano la misma pureza lírica que interpretó en Keats o Carner. Nuestro crítico laboraba, por tanto, en un amplio campo de lecturas que extendía la curiosidad a ambos lados del Océano, sin cortar las amarras con los orígenes catalanes como se desprendía de anteriores visiones y trazando más allá que simples paralelos en sus impresiones sobre los colombianos a los cuales dedicaba su atento enfoque como Valencia o Tomás Carrasquilla.

Gabriel Alomar y Eugeni D'Ors: Críticos y estetas

Vinyes, como orientador de *Voces*, tuvo como modelos a dos catalanes que coincidieron en la necesidad de un mesianismo cultural: su antiguo mentor, Gabriel Alomar, con una posición liberal tardomodernista, y, en segundo lugar, el mismo Eugeni d'Ors, más conservador en su evolución política. Tan modelo es para el Vinyes de *Voces* y su revista sucesora, *Caminos*, el Ors que desde el diario *La Veu de Catalunya* dictaba en su *Glossari* los gustos de la cultura catalana oficial como el que, tras una ruptura feroz, siguió ejerciendo similar función

desde 1920 en el entorno cultural madrileño. Es evidente que el sabio catalán fue menos programático que Ors: nuestro crítico se pronunció muchas veces contra lo sistemático, y en contraste con la depuración preconizada por el Glosador catalán reclama una "belleza de facetas múltiples". Lo cierto es que hubo una relación epistolar entre ambos autores, testimoniada en las mismas publicaciones barranquilleras o en una carta de 1919 firmada por Ors y conservada en el fondo personal de nuestro escritor, hoy cedido al Archivo Comarcal de Berga. Ors ejercía a la sazón un cargo importante en la Mancomunitat de Catalunya, el órgano que dotó al país de nuevas infraestructuras culturales y apoyó la normativa unitaria del idioma. Como el mismo Vinyes, era un esteta proviniente del modernismo delicuescente y cultivaba en el presente la ironía propia de los clásicos, un distanciamiento que lo acerca a aquella "Risa" característica de *Voces* que defiende con fervor el sabio catalán:

> *Hagamos un elogio de la risa de Voces... que nos sirve de valla y que nos sirve de látigo. ... Faltándonos ella que nos quedaría para estos cronistas que, sin argumentos ni lecturas, exhiben por único bagaje intelectual, como las botellas de los vinos malos, la pequeña dosis de agresividad mal intencionada que tienen en el alma.*

"Risa", era ciertamente una palabra poco adecuada al Vinyes anterior a 1913, al indómito defensor de la tragedia. Y, sin embargo, como constató Gilard, el uso del español y la distancia tomada respecto a lo colombiano, la misma que separa el crítico en castellano del creador en catalán, le sitúa en la categoría de mesías que subyacía en su formación. En ese sentido, el Caribe colombiano representó la Tierra Prometida: no, ciertamente, la de los negocios, como nos confirma en la entrevista concedida a Fuenmayor cuando evoca que rechazó la posibilidad de hacerse rico con el negocio de los bananos. La auténtica riqueza de Barranquilla fue esa actuación como observador vehemente pero reflexivo de la literatura del ancho mundo, el contacto con los autores más inquietos del lugar, y en suma, el nacimiento de su labor como crítico, fecunda hasta el año mismo de su muerte, en 1952. El creador cercano al vanguardismo que no había logrado dejar huella en la literatura catalana, se convertía ya en 1918, en el mítico "hombre que ha leído todos los libros", como recoge el citado testimonio de *Dante*, que años después inmortalizará García Márquez. Como foráneo atento a toda novedad literaria o artística, era la persona idónea para capitalizar algo nuevo en aquella ciudad apodada "La Arenosa", tan anhelante de construir un edificio cultural propio.

El propio Vinyes reconoció años después a propósito de sus escritos de *Voces*, la "rizada frivolidad" de su estilo como contrapunto a los "bloques monolíticos" con que definió los textos de ese filósofo admirador de Kant que era Julio Enrique Blanco. El mismo Blanco, a raíz de la muerte del sabio catalán en 1952, recalcó que la eficacia del trabajo de Vinyes residió esencialmente en su labor de análisis. "Fue más un esteta que un teórico", nos declara y en ese sentido seguía la huella impresionista de críticos como Alomar o el mismo Ors, que aunque más ambicioso en el plano filosófico, no dejaba de ejercitarse en el plano del ensayo brillante, de la frase corta e incisiva, de la imagen eficaz. Una labor, la de Vinyes, que fue tan importante como el magisterio oral en su tertulia de la librería o en los cenáculos del grupo de Barranquilla, durante los años 40, o en ciertos círculos de la Barcelona de los años 20 y 30. Porque nos encontramos delante de esa categoría de personalidades tan esenciales para la literatura de un país--en su caso de dos países--desde el estímulo y la orientación como en la estricta obra de creación. A propósito de la crítica impresionista, el propio autor subscribe en un apunte privado de los años 40 las tesis de Thomas. S. Eliot, en el sentido que dicha crítica "actúa por fecundación", toda una declaración de principios que participa de las concepciones del arte total modernista, donde los límites entre géneros quedan difuminados. Así lo muestran el entusiasmo y las comparaciones brillantes de las conferencias que hemos conservado editadas o el equilibrio de sus más logrados artículos de *Voces* como "Hombres del Norte" o "El sentimiento de la naturaleza en John Keats", dónde funde sin mella de la unidad de estilo el rigor argumentativo con un lirismo sugerente.

Hacia el encuentro del "alma americana": Adaptación de un discurso literario de base romántica

En 1936, a las puertas de la Guerra Civil Española, un Vinyes curtido efectúa un largo balance de quienes, como él, habían apostado por el catalanismo desde hacía décadas. Sincerándose en las

páginas del semanario nacionalista de Barcelona *Pamflet*, evoca el juvenil e ingenuo entusiasmo del que carecía la cultura catalana moderna. En este sentido, y como hijo del fin de siglo, el escritor de Berga era deudor del romanticismo, de una visión de la naturaleza y de la patria heredada por el modernismo catalán.

Dos autores esenciales actúan de modelo. En primer lugar, Joan Maragall, el poeta de la inspiración y de las "voces de la tierra", quien encarna tardíamente el romanticismo que ya había cultivado Jacint Verdaguer: era la plasmación del "alma" de la naturaleza, del pueblo catalán como colectivo orgánico, manantial profundo que se revelaba en la canción tierna de una muchacha, el espíritu de la lengua manifestado. Había por otro lado la versión tenebrosa de esa naturaleza, que una novelista admirada por Vinyes, Caterina Albert (conocida por el pseudónimo Víctor Català) encarnó en *Solitud*, cuyos capítulos publicados en la revista *Joventut* entre 1905 y 1906 el bergadán leyó ávidamente. En ambos casos se partía de la convicción de que la lengua era la manifestación de una realidad trascendente con hondas raíces en la historia y en el mito.

Desde ese mismo prisma explicamos la visión que el primer Vinyes colombiano proyecta del continente americano. Es significativo el poema "Altas montañas de los Andes" ubicado en la villa andina de Auquek y publicado en *El Correo Catalán* de Barcelona, en 1916. El poeta evoca el antiguo imperio inca patente en la grandeza del paisaje:

Ets tu el déu, llavors, de la morta raça...
com els déus tens plomes de fum dels volcans...
Amb un roc tan sols que ton braç desfaça
s'apaga la vida que et creix als voltants.

Los versos (*"Eres tú, el dios, pues, de la muerta raza, / como los dioses tienes plumas de humo de los volcanes/ tan solo una piedra que tu brazo deshaga/ apaga la vida que a tu entorno crece"*) tienen un alcance épico que caracteriza la visión andina de Vinyes y adquieren visos de grandeza en la admiración por el inca en un marco imponente:

Fort nus de muntanyes, bell de salvatgia... Per lloar-te, l'inca ha aprés els vents, i amb mans d'or el sol estrangula els dies per llançar a ton peus la sang dels ponents.

La visión es apocalíptica, en la tradición del Vinyes retoricista, pero muy vívida: *"Fuerte nudo de montañas, bello de tan salvaje, /para alabarte el inca ha aprendido los vientos /y, con manos de oro, el sol estrangula los días, /y a tus pies lanza la sangre de los ponientes"*. Sólo un poema de tema americano escrito por el bergadán conservamos anterior a éste ("Holanda en los trópicos"), y consiste en una visión de Curaçao escrita en 1914 y publicada también en *El Correo Catalán*. Bajo unas pinceladas nacidas del paso por la ciudad, opera una de sus temáticas preferidas: el contraste entre la civilización europea y el abigarramiento del trópico, manifiesta en el choque de lo holandés en el Caribe. Tanto en ésta como en la composición anterior Vinyes no renuncia a los oropeles que habían ornado su poesía juvenil, y, sin embargo, captamos cierta angustia existencial, lejana a lo meramente exótico. Uno de los grandes temas de la literatura del autor será, en esa línea, el desarraigo impuesto por el exilio vital, político o moral que caracterizará su trayectoria. La obra *Viatge* (estrenada en Barcelona en 1927 después de su expulsión de Colombia en 1925) emblematiza como ninguna esa dimensión profunda de errancia.

Algunos escritos de *Voces* y otros que publicará posteriormente en periódicos barranquilleros como *Caminos* y *La Nación*, en 1922 y 1923, corroborarán esa epifanía que encarna la experiencia de América. Especulando con los puntos cardinales, Vinyes se aleja de las experiencias brumosas y el árido filosofismo del Norte, patente en los epígonos de Ibsen o Maeterlinck, y observa con desconfianza la sensación disolvente de Oriente, que en su opinión, cuestiona el nervio verbal de la literatura. En cambio, se adhiere al meridionalismo en D'Annunzio o en Carner, y descubre el oeste, aquella tierra que en sus mejores narraciones de postguerra como "El noi de Bagà" denomina simbólicamente "La América", con el mismo artículo trascendente que aparece en el "Pórtico" de *Voces*. Ése era el espacio de la inmensidad, de lo proteico dónde cabía edificar una nueva cultura. Un fragmento del citado escrito sobre Guillermo Valencia ilustra esa intensa comunión con el paisaje de la nueva tierra:

En su plasmación definitiva se adivina que los Andes torrenciarán sobre él gigantescas sombras; las frenéticas selvas vírgenes, rumor de troncos milenarios; el sol, diluvios de fuego; y Popayán, su vieja ciudad, profusa y mística quietud.... La ardiente vaguedad de ayer y de hoy pueden hacer del poeta, catalogado alejandrino, el primer poeta revelador del alma americana.

El "alma", en suma, prevalece sobre el "alejandrinismo" tan característico del primer Vinyes como de Valencia. El autor bergadán refleja una aclimatación al país colombiano que la tertulia de su librería debía alentar aunque en sus obras teatrales inéditas de estos años también muestra añoranza de Cataluña. *Voces*, por otra parte, se proyectaba más allá del departamento y la nación, adquiriendo una nueva dimensión. Jacques Gilard notó dentro de su estudio *Entre los Andes y el Caribe (La obra americana de Ramón Vinyes)* dos direcciones contrapuestas. Por un lado, el uso del término "nacional" en la revista es interpretado por el profesor francés desde una visión unívoca, tendiente a lo aldeano y con reminiscencias centenaristas. En un cariz opuesto detecta la dimensión panamericana heredera del espíritu romántico que sitúa en Rodó, Martí o Bolívar; esa última consistiría en la versión genuinamente caribeña, permeable a todo tipo de influencias y opuesta a la pobreza de lo aldeano y a las restricciones de la cultura oficial del país.

A mi juicio, y al menos en lo que se refiere a nuestro escritor, cabe relativizar esa contraposición teniendo en cuenta la función concreta del término usado. Por una parte, la dimensión nacional colombiana es comprensible en un sentido tan pragmático como profundo: es ilustrativo el texto dirigido en *Voces* al escritor Max Grillo "Todo llega, conversemos", dónde Vinyes proyecta una alternativa para la escena colombiana del mismo modo que en 1908 había hecho lo propio en su tierra de origen. El autor percibe en él su posible ascendente aunque en un número posterior de la revista se lamenta con sinceridad de la poca eficacia de su llamada. También en el artículo citado de *El Heraldo*, evoca el texto dedicado el 1918 en *Voces* a Tomás Carrasquilla, y la polémica y adhesiones que produjo. En suma, el término "nacional" usado por Vinyes no es restrictivo en el alcance chauvinista que podría conllevar, y en ese sentido cabe equiparar el americanismo del catalán a ese "nacionalismo" cultural colombiano, en una idéntica línea de apertura y ambición cultural. Es reveladora, por ejemplo, la acogida que *Voces* presta a Panida y al movimiento literario antioqueño en general, en el sentido que captaba en él una similar ambición por desmarcarse de todo convencionalismo.

Fiel a su formación de principios de siglo, Vinyes busca lo moderno en el *alma* de *"la"* América, de Colombia, de lo indígena (con tintes adversos hacia la España de los conquistadores que rastreamos en la lectura del artículo dirigido a Grillo, y que pueden ser explicables en su substrato catalanista). En este sentido, y a pesar de difundir, traducir y acoger con distancia crítica en *Voces* las vanguardias francesas más revulsivas (Reverdy, Apollinaire, etc.), o a pesar de publicar uno de los primeros y más originales caligramas en español ("Araña de mis deseos" de Hipólito Pereyra), el esteta de *Voces* tuvo una gran intuición: el camino literario de América Latina, aunque fecundado de influencias europeas o norteamericanas, tendría que surgir de la fidelidad a lo propio; con la corriente telúrica en los años 20, con el "realismo mágico" a partir de los años 40. Y esta convicción nacía de unos principios asentados como escritor catalán modernista a principios de siglo: europeizar la literatura de su pequeño país siendo fiel a su lengua y paisaje--en el sentido romántico de revelación del propio espíritu--pero incorporando las sensibilidades y procedimientos de Francia, de Italia, del mundo más al norte de los Pirineos. Cataluña y el Caribe colombiano, resultaban, pues, ámbitos equiparables donde conciliar la captación de la propia esencia con la audacia de las innovaciones externas.

Recapitulación: El profeta fuera de su tierra

Este polifacético Ramón Vinyes, el autor nunca del todo reconocido en su país de origen, el lector voraz, el autodidacta, el descubridor, el revulsivo polemista teatral durante los años 20 y 30 en Barcelona, encontró su auténtica patria literaria en Barranquilla. Independientemente de las circunstancias múltiples de su biografía, de sus intermitencias forzadas o voluntarias, cualquier balance sobre su trayectoria en las letras, acentúa la marginalidad que ocupó casi siempre en la literatura catalana frente a la gran consideración hallada en Colombia. Más allá de que su huella sobre García Márquez haya sido decisiva, más allá de influencias concretas, lo cierto es que la ciudad costeña constituyó su auténtico lugar en el mundo, su refugio. Quizá él mismo no fue consciente de la importancia de su labor, a menudo más importante por su espíritu de tutela, de ese estímulo reconocido por varios testimonios colombianos o por otro catalán trasplantado a Colombia, el geógrafo y pedagogo Pau Vila, socio y colaborador también de *Voces*.

En lo anterior he intentado mostrar cómo el espíritu y la esencia de la dirección que Vinyes imprimió a *Voces* nacía de una adaptación y traslación del legado literario catalán, tanto en el ejercicio de la labor crítica como en sus concepciones estéticas. Por su parte, y en justa correspondencia,

Barranquilla, el Caribe, Colombia y América aportaron a la obra de Vinyes una dimensión de cosmopolitismo, de contraste, de fascinación en absoluto decorativa, y sobre todo de la distancia que fecundó sus mejoras obras. Los cuentos de postguerra reunidos en volúmenes como *A la boca dels núvols* o *Entre sambes i bananes* son excelentes ejemplos de esa influencia, patente también en *Arran del Mar Caribe*, su gran pieza teatral de la época. Salpicada, como mostró Gilard, de la influencia de la obra citada de García Herreros, ese drama del exilio catalán, vela bajo duros rasgos y contrastes esperpénticos análogos a los de su narrativa, una experiencia compleja de lo americano, una piedad profunda por esa alucinante y cruel Guajira evocada. Y el que fue siempre un desarraigado logró, al fin y al cabo, plantar raíces en tierra lejana, convertirse, quizá sin proponérselo, en profeta fuera de su tierra sin llegar a renegar nunca de ella.